

## PRÓLOGO

*Italia, 1945*

Ya casi había caído la noche cuando llegaron al *palazzo*. El cielo se había teñido de un azul turquesa y se desgranaba en un naranja pálido justo sobre las copas de los árboles tras las que se ponía el sol. Los muros de piedra se elevaban hacia el cielo, rotundos e impenetrables, coronados por torres quijotescas, y una maltrecha bandera colgaba flácidamente de su mástil. Antaño, cuando los vientos del Destino habían soplado más favorablemente, se la había visto bailar a merced de la brisa con vitalidad, dominando todo el paraje que la rodeaba. En aquel momento, sin embargo, la hiedra estrangulaba poco a poco esos muros, como el lento envenenamiento de una vieja *principessa* cuyo aliento ascendiera desde su vientre entre jadeos y espasmos. Los recuerdos de su célebre pasado, contenidos en la solidez de los muros, se evaporaban más allá de cualquier posibilidad de reconocimiento y de recuperación, y un olor nauseabundo emanaba de sus entrañas, allí donde la corrupción había dado comienzo, junto con el follaje putrefacto de los jardines silvestres. El hedor era abrumador. El viento soplaba con cierta aspereza afilada, como si el invierno se resistiera a ceder a la llamada de la primavera y se aferrara a la vida con sus dedos helados. O acaso el invierno moraba allí permanentemente, en esa casa, y esos dedos helados eran los dedos de la muerte, que en ese momento llamaba a la puerta.

No cruzaron palabra. Sabían lo que tenían que hacer. Unidos por la ira, el dolor y por el más profundo pesar, habían jurado venganza. Una luz dorada iluminaba una ventana situada en la parte posterior del *palazzo*, pero la densidad del bosque invasor, los setos y arbustos cubiertos de matojos, les impedían acceder a ella. Tenían que arriesgarse a entrar por la fachada principal.

El silencio, salvo por el viento que mecía los árboles, era total. Ni siquiera los grillos se atrevían a poner en jaque la malevolencia que rodeaba el lugar, optando por cantar colina abajo, donde el frío remitía ostensiblemente.

Los dos asesinos estaban habituados a moverse con sigilo. Ambos habían combatido en la guerra. Una vez más, se habían unido para luchar contra un mal muy distinto, un mal que les tocaba personalmente, más allá de cualquier razonamiento. Y habían ido hasta allí para eliminarlo.

Sin hacer el menor ruido, treparon hasta una ventana que encontraron descuidadamente abierta de par en par. Avanzaron al amparo de las sombras. Silenciosos como gatos. La ropa negra les permitía fundirse con la noche. Cuando llegaron a la habitación donde la luz se colaba por la rendija de debajo de la puerta, se detuvieron y se miraron. Los ojos de ambos refulgían como pequeñas bolas de cristal. Vieron en el otro una expresión grave, resoluta. Ninguno tenía miedo; tan sólo expectación y una desoladora sensación de inevitabilidad.

Cuando la puerta por fin se abrió, su víctima alzó la mirada y sonrió. Sabía muy bien por qué habían ido. Les esperaba. Estaba preparado y no temía morir. Verían que matándole no lograrían mitigar el dolor que les embargaba. Naturalmente, eso era algo que ellos no sabían. De lo contrario, no habrían ido hasta allí. Quiso ofrecerles una copa. Le habría gustado disfrutar del momento. Prolongarlo. Pero ellos estaban ansiosos por terminar lo que habían ido a hacer y marcharse. Su fría afabilidad resultaba a todas luces enfermiza, y a sus labios asomó la sonrisa de un viejo amigo. Ambos desearon cortársela de la cara con un cuchillo. Él percibió que les había ofendido y eso le llevó a sonreír aún más. Hasta en la muerte sonreiría. Jamás se desharían de él ni de lo que había hecho. Nunca podría devolverles lo que les había arrebatado. Había salido victorioso de la derrota de ambos, y la culpa que les carcomería sería su victoria última.

La hoja del cuchillo brilló a la luz dorada de la lámpara. Ambos deseaban que él fuera testigo de lo que estaba a punto de ocurrir. Que presintiera su llegada y que la temiera. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Moriría gustoso, alegremente. Encontraría el placer en su propio dolor como lo encontraba en ese momento en el de ellos. Los dos hombres se miraron y asintieron. Él cerró los ojos y alzó el mentón, dejando a la vista su cuello blanco como el de un inocente cordero.

—¡Matadme, pero no olvidéis que yo os maté primero! —se regodeó, al tiempo que el triunfo resonaba en su voz.

Cuando la hoja le cortó el cuello, un chorro de sangre borbotó contra el suelo y las paredes, tiñéndolas de una reluciente y viva capa carmesí. El hombre cayó hacia delante.

El que llevaba el cuchillo se retiró unos pasos mientras el otro propinaba una patada al cuerpo sin vida del hombre, que cayó boca arriba, y cuyo cuello reveló una cruda raja de carne abierta. Aun así, sonreía. Incluso muerto sonreía.

—¡Basta! —gritó el que blandía el cuchillo, volviéndose para marcharse—. Ya hemos hecho bastante. Era una cuestión de honor.

—Para mí era algo más que una simple cuestión de honor.





EL PRIMER  
RETRATO





# 1

*Londres, 1971*

—Ya vuelve a disfrutar de las atenciones de ese joven —dijo Viv, de pie en la cubierta de su casa flotante. A pesar de que era una apacible noche de primavera, se arrebujo en su chal de borlas y le dio una larga calada a su cigarrillo.

—¡No irás a decirme que vuelves a espiarla, querida! —dijo Fitz con una sonrisa irónica.

—Es del todo imposible pasar por alto las idas y venidas de los amantes de esa chica. —Viv entrecerró sus ojos de grandes párpados e inspiró por las dilatadas fosas nasales.

—Cualquiera diría que estás celosa —comentó Fitz con una mueca al tiempo que tomaba un sorbo de vino francés barato. Durante los años que llevaba siendo amigo y agente de Viv, ella jamás había comprado una sola botella de buen vino.

—Soy escritora. Me dedico a curiosear en la vida de los demás. Alba es atractiva. A pesar de ser una criatura egoísta, resulta imposible no sentirte atraída por ella. Como la ubicua polilla por la llama. Sin embargo, en mi caso, no se trata de ninguna polilla, sino de una mariposa hermosamente engalanada. —Se paseó por cubierta hasta dejarse caer en una silla, extendiendo su caftán azul y rosa a su alrededor como si de un par de alas de seda se tratara—. Aun así, disfruto con su vida. Algún día dará para escribir un libro. Cuando dejemos de ser amigas. Creo que así es Alba. Disfruta de la gente y luego sigue adelante con su vida. En nuestro caso, seré yo la que siga adelante con su vida. A esas alturas, los dramas de su vida habrán dejado de entretenerme y, además, también me habré aburrido del Támesis. Mis viejos huesos dolerán ya, víctimas de la humedad, y los incessantes crujidos y el vaivén del barco me mantendrán despierta durante la noche. Me

compraré entonces un pequeño castillo en Francia y me refugiare en la oscuridad de la jubilación, pues la fama habrá terminado también por aburrirme. —Hundió las mejillas y sonrió a Fitz, pero él ya no la escuchaba, aunque fuera ése su trabajo.

—¿Tú crees que le pagan por hacerlo? —preguntó Fitz, apoyando las manos en la barandilla y perdiendo la mirada en las fangosas aguas del Támesis. Junto a él, *Sprout*, su viejo springer spaniel, dormía sobre una manta.

—¡Por supuesto que no! —replicó Viv—. El barco es propiedad de su padre. Te aseguro que Alba no tiene ninguna necesidad de soltar doce libras a la semana para pagar el alquiler.

—En ese caso, se trata simplemente de una mujer liberada.

—Como todas las de su generación. Se limita a seguir al rebaño. Me aburre. Yo siempre me adelanté a mi generación, Fitzroy. Tenía amantes y fumaba cannabis mucho antes de que las Albas de este mundo conocieran la existencia de ambos. Ahora prefiero dedicarme a mis Silva Thins y al celibato. Tengo cincuenta años. Demasiado vieja para convertirme en una esclava de la moda. Todo me resulta de una frivolidad y de un infantilismo insopportables. Prefiero, con mucho, dedicarme a menesteres más elevados. Puede que seas más de diez años menor que yo, Fitzroy, pero no se me escapa que también a ti te aburre vivir a la moda.

—No creo que Alba llegara a aburrirme.

—Pero llegaría el día en que tú, querido mío, la aburrirías a ella. Quizá te tengas por un fanfarrón Lotario, Fitzroy, pero te aseguro que encontrarías en Alba la horma de tu zapato. No es como las demás chicas. No estoy diciendo que tuvieras problemas para llevártela a la cama. Sin embargo, lo de conservarla, eso ya es otra historia. A Alba le gusta la variedad. Sus amantes no le duran mucho. Les he visto aparecer y desaparecer. Siempre es lo mismo: suben por la pasarela. Luego, cuando todo ha terminado, vuelven a descender por ella como chuchos apaleados. Daría cuenta de ti durante la cena y te escupiría después como un hueso de pollo, y eso, sin duda, sería toda una sorpresa, ¿no es así, querido? Apuesto a que nadie te ha tratado así antes. Se llama karma. Lo que sube, baja. Es lo que pasa cuando uno ha roto tantos corazones.



En cualquier caso, a tu edad, deberías estar buscando una tercera esposa, y no una distracción temporal. Deberías empezar a sentar la cabeza. Depositar tu corazón en una mujer y dejarlo ahí. Alba es apasionada porque es mitad italiana.

—Ah, eso explica el pelo oscuro y el color miel de la piel.

Viv le miró con recelo y sus finos labios esbozaron una sonrisa todavía más fina.

—Pero esos ojos extremadamente claros, que extraño... —Fitz suspiró, ajeno ya al sabor del vino barato.

—Su madre era italiana. Murió al nacer ella, creo que en un accidente de coche. Tiene una espantosa madrastra y un padre aburridísimo. Oficial de la Armada, para más señas. Todavía sigue ahí, el viejo fósil. Sospecho que conserva el mismo puesto de administrativo desde el fin de la guerra. Va y viene a diario al trabajo. Un espanto. Capitán Thomas Arbuckle, el típico Thomas que nada tiene de Tommy. Nada que ver contigo, que tienes más de Fitz que de Fitzroy, aunque confieso que me encanta el nombre de Fitzroy y que continuaré utilizándolo a pesar de todo. No me extraña que Alba se rebelara.

—Quizá su padre sea un tipo aburrido, pero sin duda es un rico aburrido. —Fitz acarició con la mirada la reluciente casa flotante de madera que se balanceaba suavemente a merced de la marea. O de los quehaceres amorosos de Alba. En cuanto la idea se le pasó por la cabeza, un calambre le sacudió el estómago.

—El dinero no hace la felicidad. Deberías saberlo, Fitzroy.

Fitz clavó durante un instante la mirada en su copa, reflexionando sobre su propia fortuna, que tan sólo le había concedido esposas avariciosas y caros divorcios.

—¿Vive sola?

—Antes vivía con una de sus hermanastras, pero la historia no funcionó. No creo que la convivencia con ella resulte fácil, que Dios la bendiga. Tu problema, Fitzroy, es que te enamoras con demasiada facilidad. Si pudieras controlar tu corazón, tu vida sería mucho más sencilla. Podrías simplemente acostarte con ella y quitártela de la cabeza. ¡Ah, ya era hora! ¡Llegas tarde! —exclamó al tiempo que su sobrino Wilfrid bajaba apresuradamente por el

pontón con su novia Georgia, deshaciéndose en excusas. Viv podía llegar a ser aterradora cuando se retrasaban para la partida de bridge.

El *Valentina* era una casa flotante que nada tenía en común con las que estaban amarradas en Cheyne Walk. El arco de la proa era hermoso, respingón y tímido como si la casa estuviera intentando reprimir una sonrisa condescendiente. La casa estaba pintada de azul y de blanco, con ventanas redondas y un balcón con macetas rebosantes de flores en primavera y de goteras por las que se colaba el agua de lluvia durante los meses de invierno. Como el rostro que desvela la vida que ha vivido, la excéntrica pendiente en la línea del techo y la encantadora inclinación de proa, como una nariz de corte claramente imperioso, revelaban quizá que la barca había vivido muchas vidas. Así pues, la característica predominante del *Valentina* era su misterio. Como una gran dama que jamás se mostrara sin maquillar, el *Valentina* jamás desvelaría lo que ocultaba bajo su pintura. Sin embargo, su dueña lo adoraba no por sus rasgos poco habituales, ni por su encanto. Ni siquiera por su peculiaridad. Alba Arbuckle lo adoraba por una razón muy distinta.

—¡Dios, Alba, qué hermosa eres! —suspiró Rupert, hundiendo el rostro en el cuello suavemente perfumado de la joven—. Sabes a almendras azucaradas. —Alba dejó escapar una risilla, considerándole absurdo aunque incapaz de resistirse al cosquilleo y a la sensación de aspereza que provocaban en ella el vello de él, por no hablar de su mano, que ya había logrado abrirse paso por sus botas de ante azul para subir después por la falda Mary Quant. Se retorció de placer y alzó el mentón.

—No hables, bobo. Bésame.

Y eso fue lo que hizo Rupert, decidido a complacerla. Le animó ver que Alba había vuelto de pronto a la vida en sus brazos tras una malhumorada cena en Chelsea. Pegó los labios a los de ella, aliviado porque mientras tuviera distraída la lengua de la joven, ésta no podía utilizarla para insultarle. Alba tenía la habilidad

de decir las cosas más hirientes empleando para ello la más dulce y seductora de las sonrisas. Aun así, sus pálidos ojos grises, como un pantano en una brumosa mañana de invierno, suscitaban una extraña clase de lástima que resultaba del todo arrebatadora y que atraía inefablemente a todo hombre, provocando en él una incontenible ansia por protegerla. Amarla era tarea fácil. Conservarla, poco probable. A pesar de ello, junto con los demás esperanzados que recorrían la cubierta del *Valentina*, Rupert no podía evitar intentarlo.

Alba abrió los ojos mientras él le desabrochaba la blusa y se llevaba a la boca uno de sus pezones. Ella alzó la mirada a la claraboya del techo y clavó los ojos en las deshilachadas nubes rosadas y en el primer parpadeo de una estrella. Abrumada por la inesperada belleza del día que ya moría, bajó la guardia momentáneamente y su espíritu quedó al instante colmado de tristeza, una tristeza que inundó todo su ser y que vio aflorar las lágrimas a esos pálidos ojos grises. Lágrimas que dolían. Su soledad dolía y la corroía, y nada parecía curarla. Horrorizada por lo poco oportuno de semejante debilidad, rodeó a su amante con las piernas y rodó hasta quedar sentada a horcajadas sobre Rupert, besándole, mordiéndole y clavándole las uñas como una gata salvaje. Él le acarició sin dilación los muslos desnudos y no tardó en descubrir que no llevaba bragas. Sus nalgas quedaron expuestas y suaves a las caricias de sus dedos impacientes. Luego la penetró y Alba lo montó vigorosamente, como si fuera tan sólo consciente del placer y no del hombre que lo provocaba. Rupert la miraba maravillado, ansioso por acercar la boca a sus labios, ligeramente separados e inflamados. Alba parecía lasciva y aun así, a pesar de su falta de inhibición, era poseedora de una vulnerabilidad que provocaba en él un irresistible deseo de abrazarla con fuerza.

La mente de Rupert no tardó en sucumbir a la excitación del acto amoroso. Cerró los ojos y se rindió al deseo, incapaz ya de seguir manteniendo la lucidez suficiente como para contemplar el precioso rostro de Alba. Se retorcieron y rodaron sobre el montón de ropa desperdigada sobre la cama hasta que cayeron al suelo con un golpe sordo, jadeantes y entre risas. Alba miró el rostro

sorprendido de Rupert con ojos brillantes y dijo con una risotada ronca:

—¿Qué esperabas? ¿La Virgen María?

—Ha sido maravilloso. Eres un ángel —suspiró él, besándole en la frente. Alba arqueó las cejas y se rió de él.

—La verdad es que me pareces de lo más absurdo, Rupert. Dios me echaría del cielo por mal comportamiento.

—En ese caso, no es ése el cielo que deseo para mí.

De pronto, la atención de Alba quedó prendida en un rollo de papel marrón que se había desprendido de entre las tablas de madera del suelo bajo la cama. Como no alcanzaba a cogerlo desde donde estaba tumbada, empujó a Rupert a un lado y llegó hasta el otro lado de la cama a gatas. Estiró el brazo por debajo del somier.

—¿Qué es? —preguntó él, parpadeando al mirarla a través de una neblina poscoital.

—No lo sé —respondió Alba. Cuando se levantó, cogió el paquete de cigarrillos y el encendedor de la mesita de noche y se los tiró—. Enciéndeme uno, ¿quieres? —Se sentó entonces en el borde de la cama y desplegó lentamente el rollo de papel.

Rupert no fumaba. De hecho, odiaba el tabaco. Sin embargo, y en un intento por no parecer torpe, hizo lo que se le pedía, dejándose caer en la cama junto a ella y pasándole una mano agradecida por la espalda. Alba se tensó. Sin tan siquiera mirarle, dijo:

—He disfrutado contigo, Rupert. Pero ahora quiero estar sola.

—¿Qué pasa? —preguntó él, perplejo ante esa muestra de repentina frialdad.

—He dicho que quiero estar sola. —Durante un instante, él no supo con seguridad cómo reaccionar. Ninguna mujer le había tratado así antes. Se sentía humillado. Cuando vio que ella no tenía intención de cambiar de parecer, empezó a vestirse a regañadientes, aferrándose a la intimidad que habían compartido apenas unos momentos antes.

—¿Volveré a verte? —Fue plenamente consciente de que había desesperación en su tono de voz.

Alba sacudió la cabeza, irritada.

—¡Márchate!

Rupert se ató los cordones de los zapatos. Ella todavía no se había vuelto a mirarle. Su atención estaba totalmente cautivada por el rollo de papel. Era como si él ya se hubiera marchado.

—Bueno, entonces me voy —masculló Rupert.

Alba alzó los ojos hacia las puertas de cristal que daban a la cubierta superior y clavó la mirada en el cielo rosado del crepúsculo que en ese momento se disolvía ya en la oscuridad de la noche. No oyó el portazo ni las fuertes pisadas de Rupert cuando éste recorrió taciturno la pasarela, sino tan sólo el susurro de una voz que hasta entonces creía olvidada.

—¡Oh, cielos! Ahí va alguien que no parece demasiado feliz —comentó Fitz al tiempo que Rupert se dirigía al Chelsea Embankment y desaparecía bajo las farolas. Su comentario suspendió durante un instante la partida de bridge. *Sprout* irguió las orejas y elevó sus ojos caídos antes de volver a cerrarlos con un suspiro.

—Vaya, está claro que acaba con ellos, querido —dijo Viv, pasándose un mechón rebelde de cabello rubio por detrás de la oreja—. Es como una viuda negra.

—Creía que se comían a sus parejas —dijo Wilfrid. Fitz contempló esa deliciosa idea antes de dejar una carta en la mesa con un chasquido.

—¿De quién hablamos? —preguntó Georgia, mirando a Wilfrid y arrugando la nariz.

—De la vecina de Viv —respondió él.

—Es una zorra —añadió Viv en una clara muestra de mordacidad, ganando la mano y barriéndola a su lado de la mesa.

—Creía que erais amigas.

—Y lo somos, Fitzroy. La quiero a pesar de sus defectos. A fin de cuentas, todos los tenemos, ¿no? —Sonrió y echó la ceniza en un plato de color verde fosforescente.

—Tú no, Viv. Tú eres perfecta.

—Gracias, Fitzroy —A continuación se volvió a mirar a Georgia y añadió con un guiño—: Le pago para que diga eso.

Fitz miró por la pequeña ventana redonda. La cubierta del *Valentina* estaba en silencio. Imaginó a la hermosa Alba desnuda en la cama, acalorada y sonriente, con sus curvas y sus ondulaciones en los lugares adecuados, y se distrajo momentáneamente del juego.

—¡Despierta, Fitz! —dijo Wilfrid, chasqueando los dedos—. ¿En qué planeta estás?

Viv dejó sus cartas sobre la mesa y se recostó contra el respaldo de la silla. Dio una calada a su cigarrillo y soltó el humo con un sonoro bufido. Mirando a Fitzroy con ojos que soportaban el peso del efecto del alcohol y de los excesos de la vida, dijo:

—¡Oh, en el mismo planeta triste que tantos otros hombres estúpidos!

Alba fijó la mirada en el retrato dibujado en el rollo de papel marrón y sintió que la recorría un escalofrío de emoción. Fue como si se estuviera mirando en un espejo, un espejo que magnificara la preciosidad de su propia imagen. Aunque el rostro era ovalado, como el suyo, dotado de unos pómulos delicados y de una mandíbula fuerte y prominente, los ojos no eran para nada los de ella. Eran almendrados, de un color marrón musgoso, mezcla de risa y de una tristeza profunda e insondable. Esos ojos captaron su atención, mirándola directamente y atravesándola con su mirada, los mismos que la siguieron en cuanto se movió. Alba continuó mirándose en ellos durante un buen rato, imbuida como estaba de esperanzas y sueños que jamás daban fruto alguno. A pesar de que la boca dibujada apenas insinuaba una sonrisa, el rostro al completo parecía abrirse de pura felicidad como un girasol. Alba sintió que un arrebató de ansiedad le encogía el estómago. Por primera vez desde que tenía memoria, sus ojos tenían ante sí el rostro de su madre. En la parte inferior del dibujo, escritas en latín, estaban las palabras *Valentina 1943, dum spiro, ti amo*. Estaba firmado con tinta. *Thomas Arbuckle*. Alba volvió a leer esas pala-

bras una docena de veces hasta que quedaron veladas por sus lágrimas. «Te amaré hasta mi último aliento.»

Alba había aprendido italiano cuando era niña. Dando muestra de una caridad poco habitual en ella, su madrastra, a la que había rebautizado con el sobrenombre de «el Búfalo», le había sugerido que tomara clases para mantener así el contacto con sus raíces mediterráneas, las mismas que la mujer se había empeñado en erradicar de cualquier otra forma posible. A fin de cuentas, la madre de Alba había sido el amor de la vida de su padre. Y qué amor más maravilloso. Su madrastra estaba totalmente al corriente de la sombra que Valentina proyectaba sobre su matrimonio. Incapaz de borrar tan intenso recuerdo, lo único que podía hacer era intentar sofocarlo. Y así, el nombre de Valentina simplemente jamás se había pronunciado. Nunca viajaron a Italia. Alba no conocía a ninguno de los parientes de su madre y su padre eludía sus preguntas, de modo que hacía ya tiempo que había renunciado a seguir preguntando. Cuando era niña, se había sumergido en un mundo aislado de hechos a retazos que había logrado unir a partir de enrevesados medios. En él se refugiaba, hallando consuelo en las imágenes inventadas de su hermosa madre en las costas de la adormilada ciudad italiana donde había conocido a su padre y donde se había enamorado de él durante la guerra.

Thomas Arbuckle había sido en aquel entonces un hombre apuesto; Alba había visto fotografías. Con su uniforme de la Armada, su elegancia estaba fuera de toda duda. Cabello rojizo, ojos claros y una sonrisa descarada y confiada que el Búfalo, con todo el peso de su contundente personalidad, había conseguido reducir a un ceño de inconfundible fastidio. Celosa de la casa flotante que él había comprado y que había bautizado con el nombre de *Valentina*, el Búfalo jamás había puesto el pie en cubierta y se refería a ella como a «el barco» y nunca por su nombre. El *Valentina* conjuraba recuerdos de cipreses y grillos, oliveras y limones y un amor tan enorme que no había pataleo ni bufido capaz de denigrarlo.

Alba jamás se había sentido a gusto en casa de su padre. Si sus hermanastros eran el vivo reflejo de sus padres, ella era morena y totalmente distinta, como su madre. Si sus hermanastros montaban a caballo, cogían moras y jugaban al bridge, ella soñaba con el Mediterráneo y con los olivares. Por mucho que había gritado a su madrastra y a su padre, no había conseguido extraerles la verdad ni forzarles a llevarla a Italia, donde habría podido conocer a su verdadera familia. Por eso se había instalado en la casa flotante que llevaba el sagrado nombre de su madre. Allí sentía la etérea presencia de Valentina, oía su voz en el acompasado ascenso y descenso de las mareas, un simple susurro, y se arrebuja en el amor de su madre.

Siguió tumbada en la cama, bajo la claraboya a través de la cual las estrellas brillaban ya a cientos y la luna había sustituido al sol. Rupert podía perfectamente no haber estado allí jamás. Alba estaba a solas con su madre, cuya voz hablaba desde el retrato, acariciando a su hija con esos ojos suaves y pesarosos. Sin duda ese retrato fundiría las capas de hielo que habían ido acumulándose con el paso de los años, y su padre recordaría y por fin hablaría de ella.

Alba no perdió un segundo. Registró los desordenados armarios en busca de ropa adecuada, metió con sumo cuidado el rollo de papel en el bolso, bajó a toda prisa la estrecha escalera y desembarcó. Un par de ardillas jugaban al pillapilla en el tejado y Alba las ahuyentó con gesto irritado antes de volver a elevar la pasarela.

En ese preciso instante, Fitz, que había perdido al bridge, abandonaba el barco de Viv, mareado a consecuencia del vino y sorprendido ante la coincidencia que había unido su camino al de Alba. No reparó en que la joven había estado llorando y ella no reparó en *Sprout*.

—Buenas noches —la saludó Fitz alegremente, decidido a darle conversación mientras subían por la pasarela que llevaba al Embankment. Alba no respondió—. Soy Fitzroy Davenport, amigo de tu vecina Viv.



—Ah —fue la anodina respuesta de Alba. Tenía la mirada clavada en el suelo, parcialmente oculta tras sus cabellos. Se cruzó de brazos y hundió el mentón en el pecho.

—¿Puedo llevarte a alguna parte? Tengo el coche aparcado a la vuelta de la esquina.

—Yo también.

—Ah.

A Fitz le sorprendió que Alba ni siquiera levantara la mirada. Estaba acostumbrado a que las mujeres le miraran y era plenamente consciente de que era guapo, sobre todo cuando sonreía, y, además, alto, lo cual era una ventaja añadida; a las chicas les gustaban los hombres altos. La falta de interés que Alba ni siquiera se tomó la molestia de ocultar le desconcertó. Vio moverse con paso seguro las largas piernas de la joven, embutidas en unas botas de ante azul, y sintió que la ansiedad le acogotaba la garganta. El encanto de Alba le debilitó del todo.

—Acabo de perder al bridge —insistió frenéticamente—. ¿Juegas?

—No si puedo evitarlo —respondió ella.

Fitz se sintió estúpido.

—Sabia decisión. Es un juego aburrido.

—Como los jugadores. —Esbozó una breve sonrisa antes de subir a un MGB biplaza y desaparecer calle abajo. Fitz se quedó solo bajo la farola, rascándose la cabeza, sin saber a ciencia cierta si debía sentirse ofendido o divertido.

Sola en el coche, al abrigo de cualquier mirada, Alba sollozaba. Podía engañar al mundo con su bravuconería, pero no tenía ningún sentido intentar engañarse a sí misma. La sensación de pérdida que momentos antes la había abrumado había vuelto a aflorar, y esta vez con mayor intensidad. Su aislado mundo de cipreses y de olivares ya no bastaba. Tenía derecho a saber sobre su madre. Con el hallazgo del retrato, el Búfalo se vería obligada a retirarse y dejar hablar a su padre. No tenía la menor idea de cómo había podido llegar allí el dibujo. Quizás él lo hubiera escondido allí,

bajo las tablas del suelo del barco, para que el Búfalo no diera con él. Pero ahora sabría de su existencia porque Alba se lo diría. Y sentiría un gran placer al hacerlo. Cambió de marcha y giró por Talgarth Road.

Era tarde. No la esperarían. Tardaría más de una hora y media en llegar a Hampshire a pesar del poco tráfico que había en las carreteras desiertas. No se veía un alma. Encendió la radio y oyó cantar a Cliff Richard: *Those miss-you nights are the longest* y la cascada de lágrimas no hizo sino arreciar. El rostro de su madre surgió de la oscuridad a la claridad de la luz de los faros. Con su larga melena morena y unos suaves ojos castaños, miraba a su hija con el amor y la comprensión suficientes como para sanar al mundo entero. Alba imaginaba que debía de haber olido a limón. No tenía un solo recuerdo, ni un solo atisbo de su olor. Contaba simplemente con su imaginación y con las innumerables falsedades que ésta era capaz de conjurar.

No costaba imaginar por qué el Búfalo odiaba a Valentina. Margo Arbuckle no era una mujer hermosa. Era una señora corpulenta y de piernas fornidas, más adecuadas para una botas Wellington que para unos tacones de aguja, con un gran trasero que se amoldaba a la perfección a una silla de montar y una pecosca piel inglesa desprovista de maquillaje y lavada con jabón Imperial Leather. Vestía con un gusto atroz: faldas de *tweed* y blusas exageradamente holgadas. Estaba dotada de un pecho de sustanciales dimensiones y había perdido cualquier asomo de cintura que hubiera podido tener en el pasado. Alba se preguntaba qué era lo que su padre había visto en ella. Quizás el dolor que había provocado en él la pérdida de Valentina le había llevado a elegir una esposa que era exactamente lo opuesto a ella. ¿Aunque no hubiera sido mejor vivir con el recuerdo de Valentina que comprometerse de un modo tan lamentable?

En cuanto a los hijos que habían tenido juntos, lo cierto es que no podía decirse que en ese aspecto hubieran perdido el tiempo. Alba había nacido en 1945, el año en que había muerto su madre, y Caroline tan sólo tres años más tarde, en 1948. Era vergonzoso. Su padre apenas había tenido tiempo para guardar duelo

por la muerte de su madre. Desde luego no había tenido tiempo para conocer a su hija, la misma a la que tendría que haber querido más que a nada en el mundo por ser parte viva de la mujer a la que había perdido. Después de Carolina llegó Henry, y luego Miranda; con cada nuevo hermano Alba se veía cada vez más relegada a su mundo de pinos y de olivares, y su padre estaba demasiado ocupado formando otra familia como para reparar en el sufrimiento de su hija mayor. Pero aquélla no era la familia de Alba. «Dios —pensó en un arranque de infelicidad—, ¿alguna vez se parará a pensar en lo que me ha hecho?» Ahora que tenía el retrato, estaba decidida a decírselo.

Salió de la A30 y avanzó por estrechas y serpenteantes carreteras secundarias. Los faros del coche iluminaban los setos rebosantes de perifollos y al conejo que volvió a esconderse apresuradamente entre los arbustos. Bajó la ventanilla y olfateó el aire como un perro, deleitándose con los dulces aromas de la primavera que penetraban en el vehículo con el traqueteo del motor. Imaginó a su padre disfrutando de su puro después del almuerzo y haciendo girar el brandy en una de esas grandes copas de abultada tripa que tanto le gustaban. Margo estaría sin duda chachareando sobre el fantástico trabajo nuevo que Caroline había conseguido en la galería de arte de Mayfair, propiedad de un amigo de la familia, y sobre las últimas novedades de Henry en Sandhurst. Miranda seguía todavía en el internado, de ahí que hubiera poco que decir sobre ella, a excepción de las referencias obligadas a las excelentes notas y a los aduladores profesores. «Qué espantosamente aburrido y convencional —pensó Alba—. Qué predecible.» Sus vidas transcurrían según lo esperado, sin apartarse ni un ápice de las vías marcadas el día de su nacimiento como perfectos trenecillos.

—«El tren se acercaba lanzado por la vía y pitaba y pitaba...» —cantó Alba al tiempo que sentía desvanecerse la tristeza de la que era presa mientras contemplaba cómo su existencia independiente y poco convencional avanzaba por una vía enteramente diseñada por ella.

Por fin giró por el camino particular que ascendía a lo largo de unos quinientos metros bajo unas altas hayas de tonos cobri-

zos. En el campo que tenía a su derecha, vislumbró un par de caballos cuyos ojos brillaron como la plata al atrapar las luces del coche. «Bestias odiosas», pensó con amargura. Qué increíble que no tuvieran todos las rodillas abombadas, teniendo en cuenta el peso del Búfalo. Se preguntó si la mujer montaría a su padre del mismo modo que montaba a sus caballos. No pudo evitar una risilla al pensarlo. Aunque desestimó la imagen en el acto. La gente mayor no hacía esas cosas.

Las ruedas del coche crujieron sobre la grava que cubría la explanada que flanqueaba la fachada delantera de la casa. Aunque las luces refulgían tentadoramente, Alba sabía muy bien que no refulgían para ella. «Cuán celosa debe de estar Margo», pensó. Habría sido mucho más fácil borrar del todo el recuerdo de Valentina si Alba no hubiera ejercido de constante recordatorio. Aparcó el coche bajo los imponentes muros de la casa que antaño había sido su hogar. Con sus altas chimeneas y su vieja y gastada estructura de piedra y ladrillo, había soportado vendavales y tormentas durante casi trescientos años. Al parecer, su tatarabuelo la había ganado en la mesa de juego, aunque no antes de perder a su esposa a causa de su adicción. Ella no había tardado en convertirse en la amante de un duque que tenía una adicción de similares proporciones, aunque un bolsillo mucho más solvente con el que permitírsela. A Alba le gustaba la idea de tener una tatarabuela querida de un duque; su madrastra había logrado echar a perder para siempre su concepto del matrimonio.

Siguió sentada en el coche, contemplando el retrato de Valentina mientras tres perros pequeños emergían de la oscuridad para olisquear las ruedas y menear sus rabos diminutos. Cuando el rostro de su madrastra apareció en la puerta, a Alba no le quedó otra opción que bajar y saludarla. Margo pareció contenta de verla, aunque su sonrisa no llegó a verse reflejada en sus ojos.

—¡Alba! ¡Qué grata sorpresa! Deberías haber telefonado —dijo, sosteniendo la puerta de modo que la luz anaranjada iluminó los escalones que llevaban al porche. Alba cumplió con el ritual de besarla. Olía a polvos de talco y a esencia de Lily of the Valley de Yardley. Alrededor del cuello llevaba un grueso guarda-

pelo de oro que subía y bajaba sobre la cornisa de sus pechos. Alba parpadeó para apartar de sí la imagen de Margo montando a su padre como a uno de sus caballos que había conjurado en el coche.

Entró en el vestíbulo, con sus paredes tapizadas de madera y sus austeros retratos de parientes muertos. Enseguida percibió el dulce aroma del puro de su padre y sintió menguar su valor. Thomas emergió del salón con su batín verde y en zapatillas. Aunque escaso, seguía teniendo el cabello rojizo, que peinaba hacia atrás, dejando despejada la frente y acentuando unos ojos claros que la evaluaron con firmeza. Durante apenas un instante, Alba pudo ver más allá de la compleción fuerte y de la voluminosa tripa, más allá de la piel rojiza y del mohín de fastidio de la boca, y adivinar en él al apuesto joven que había sido durante la guerra. Antes de que hubiera buscado consuelo y olvido en la convención y en la rutina. Cuando todavía amaba a su madre.

—Ah, Alba, querida. ¿A qué debemos este placer? —Le besó en la sien, como siempre, y su voz sonó espesa y granulada como la gravilla del exterior. Jovial, inescrutable; el joven que había sido había desaparecido.

—Pasaba por aquí —mintió ella.

—Bien —fue la respuesta de su padre—. Pasa, tómate una copa y cuéntanos cómo te van las cosas.